



VaRiA

invención



PAUL KLEE

Jan William / Universidad de las Américas

Paul Klee supo darme la perdida visión de los niños. Largos momentos en que mi alma se ausentaba, mis ojos penetraban en las coloradas capas diáfanas por las cuales fluía una luz mágica. Era creador de peces, pescador, cazador de pájaros, hombre iniciado a todos los aspectos de la vida diaria, impregnada de una sutil y siempre inconfundible poesía. Tengo en mi memoria un nombre: “Solitaire.” Es un cuadro de dimensiones elásticas que descansan sobre una base negra; franjas paralelas se adelgazan subiendo hacia lo alto, penetrándose de una luz que se transparenta continuamente.

Yo no le busco significados metafísicos. Mis horizontes son limitados, puramente humanos, pero mi línea infinita es el horizonte. No importa en dónde esté localizado, simplemente es. Inclinado sobre el lado derecho, en el centro vertical, un triángulo se asemeja a una pirámide. Respira el cuadro una soledad de mundo sin hombre, sin pregunta, y por lo tanto sin respuesta. En la atmósfera vuela un polvo rayado por un sol invisible. ¿Por qué buscarle más finalidades? El verdadero arte consiste en saber crear con pocos medios.

La obra de Paul Klee, dice el poeta surrealista René Crevel, es un museo completo del sueño. Y no cabe duda, Paul Klee vive ensimismado sobre sí mismo. No necesita ninguna motivación exterior porque lo que él crea, lo tiene dentro de sí. Este cerrarse a los influjos de las corrientes externas, hizo de Paul Klee un solitario. A lo largo de toda su creación se desliza una nota, la del silencio. Que haya gritos, que haya convulsiones; todas las vibraciones de su

ser se expanden y encuentran su forma definitiva en el interior de un mismo valor: su propio mundo, su universo inmensurable.

La delicadeza es parte de su integridad, sea la rudeza viril de un Brueghel, ya sea la finura nebulosa de una litografía china.

Sus criaturas se mueven en un espacio acuático de movimientos frenados, de ondulaciones parsimoniosas como el pez de los fondos oceánicos que parece captar la cámara lenta. Pero la cámara enmudece, y los colores se vuelven opacos, la luz parece ahora emanar de las aguas turbias del río Akeron. Sus últimas obras, así como su rostro, llevan ya el símbolo del más allá. Su último cuadro, *Luna* está tan alejado de nosotros que sólo el contacto con la muerte podría revelarnos el secreto. Y la luna es aquel recuerdo que Ivan Illich re-conoce en los postreros momentos de su agonía. Ahí está la muerte, en ese gris verdioscuro, denso, impenetrable.



KAIM SOUTINE

Soutine pintó *Colinas en Ceret* con el vértigo de las alturas en las venas, con la fascinación de la destrucción en las manos. Las líneas se quiebran una y otra vez, se desvían de su curso primero para renacer en espacios de tiempos paralelos. Soutine es la visión auténtica de una naturaleza vista a través del prisma del temperamento. No hablo de miedo, no grito a la desesperación, no oso murmurar alegría, pero sí exclamo la fuerza de la pasión. Cada línea arrastra el flujo violento que se viste de verde, azul, tímido naranja, triste luz del ocre sin futuro.

El espacio de Soutine se vuelca sobre sí mismo, se tuerce y trata de reposar. Pero el reposo no vendrá sino con el olvido final, con el silencio que acaricia los sentimientos dormidos y olvidados. Por ahora, Soutine se levanta, torturado, con la terrible resignación del hombre que mide las distancias y acaba por perder fe en el cielo sombrío, lúgubre, de un día sin noche y de una noche sin sueño.